

LA ESTRELLA BALEAR.

Periódico compilador de lo mas selecto que publican los de España y del extranjero sobre ciencias, literatura y artes.

Este periódico sale todos los domingos.—Precio de suscripcion 4 rs. al mes verificándola por el término de un año, 4 ½ rs. si se limita al de seis meses, y 5 rs. cuando sea por menos tiempo.—Al fin de cada trimestre se verificará un sorteo entre cada cincuenta suscriptores que lo hayan sido durante el mismo y el agraciado podrá escoger las obras que guste, hasta el valor de 50 REALES de la librería de Kullan, hermanos, editores, donde se admiten suscripciones.

DE ABENCERRAJES.

Novela historica española.

ESCRITA

por Antonio de Villegas.

(Continuacion.)

«Hubo en Granada un linage de caballeros, que llamaban los Abencerrajes que eran la flor de todo aquel reino; porque en gentileza de sus personas, buena gracia, disposicion y gran esfuerzo, hacian ventaja á todos los demas; eran muy estimados del Rey y de todos los caballeros, y muy amados y quistos de la gente comun. En todas las escaramuzas que entraban, salian vencedores, y en todos los regocijos de caballería se señalaban. Ellos inventaban las galas y los trajes; de manera que se podía bien decir, que en ejercicio de paz y de guerra, eran regla y ley de todo el reino. Dícese que nunca hubo Abencerraje escaso, ni cobarde, ni de mala disposicion: no se tenia por Abencerraje el que no servia dama, ni se tenia por dama la que no tenia Abencerraje por servidor. Quiso la fortuna enemiga de su bien, que de esta escelencia cayesen de la manera que oírás. El Rey de Granada hizo á dos de estos caballeros, los que mas valian, un notable é injusto agravio, movido de falsa informacion que contra ellos tuvo; y quiso se decir, aunque yo no lo creo, que estos dos y á su instancia otros diez, se conjuraron de matar al Rey, y dividir el reino entre sí, vengando su injuria. Esta conjuracion, siendo verdadera ó falsa, fué descubierta: y por no escandalizar el Rey al reino que tanto los amaba, los hizo á todos una noche degollar; porque á dilatar la injusticia, no fuera poderoso de hacella. Ofreciéronse al Rey grandes rescates por sus vidas; mas él aun escuchallo no quiso. Cuando la gente se vió sin esperanza de sus vidas, comenzó de nuevo á llorarlos: llorábanlos los padres que los engendraron, y las madres que los parieron, llorábanlos las damas á quien servian y los caballeros con quienes se acompañaban: y toda la gente comun alzaba un tan grande y continuo alarido, como si la ciudad se entrára de enemigos; de manera, que si á precio de lágrimas se hubieran de comprar sus vidas, no murieran los Abencerrajes tan miserablemente. ¡Vés aqui en lo que acabó tan esclarecido linage, tan principales caballeros como en él habia! ¡Considera cuanto tarda la fortuna en subir un hombre, y cuan presto le derriba! ¡Cuan tarda en crecer un árbol, y cuan presto vá al fuego! ¡Con cuanta dificultad se edifica una casa, y con cuanta brevedad se quema! ¡Cuántos podrian escarmentar en las cabezas de estos desdichados; pues tan sin culpa padecieron con público pregon, siendo tantos y tales, y estando en el favor del mismo Rey! Sus casas fueron derribadas: sus heredades enagenadas, y su nombre dado en el

reino por traidor. Resultó de este infelice caso que ningun Abencerraje pudiese vivir en Granada, salvo mi padre, y un tio mio, que hallaron inocentes de este delito, á condicion que los hijos que les nasciesen enviasen á criar fuera de la ciudad, para que no volviesen á ella, y las hijas casasen fuera del reino.»

Rodrigo de Narvaez, que estaba mirando con cuanta pasion le contaba su desdicha, le dijo: ¡por cierto caballero, vuestro cuento es extraño, y la sinrazon que á los Abencerrajes se hizo fué grande; porque no es de creer que siendo ellos tales, cometiesen traicion! Es como yo lo digo, dijo él; y aguardad mas y vereis cómo desde allí todos los Abencerrajes deprendimos á ser desdichados. «Yo salí al mundo del vientre de mi madre, y por cumplir mi padre el mandamiento del Rey, enviéme á Cartama, al Alcáide que en ella estaba, con quien tenia estrecha amistad. Este tenia una hija, casi de mi edad, á quien amaba mas que á sí; porque allende de ser sola y hermosísima, le costó la muger, que murió de su parto. Esta y yo en nuestra niñez, siempre nos tuvimos por hermanos, porque así nos oíamos llamar: nunca me acuerdo haber pasado hora que no estuviésemos juntos: juntos nos criaron: juntos andábamos: juntos comíamos y bebíamos. Naciónos de esta conformidad un natural amor, que fué siempre creciendo con nuestras edades. Acuérdomme que entrando una siesta en la huerta, que dicen de los jazmines, la hallé sentada junto á la fuente, componiendo su hermosa cabeza: miréla vencido de su hermosura, y parecióme á Salmacis; y dije entre mí: ¡oh, quién fuera Trocho para parecer ante esta hermosa diosa! ¡No sé cómo me pesó de que fuese mi hermana! y no aguardando mas fuime á ella; y cuando me vió, con los brazos abiertos me salió á rescibir, y sentándome junto á sí me dijo: hermano, ¿cómo me dejaste tanto tiempo sola? Yo la respondí: señora mía, porque ha gran rato que os busco, y nunca hallé quien me dijese do estábades, hasta que mi corazon me lo dijo; mas decidme ahora: ¿qué certinidad teneis vos de que seamos hermanos? Yo dijo ella, no otra, mas del grande amor que te tengo, y ver que todos nos llaman hermanos. Y si no lo fuéramos, dije yo, ¿quisiérame tanto? ¡No vés, dijo ella, que á no serlo, no nos dejara mi padre andar siempre juntos y solos? Pues si ese bien me habian de quitar, dije yo, mas quiero el mal que tengo. Entonces ella encendiendo su hermoso rostro en color, me dijo: ¿y qué pierdes tú en que seamos hermanos? Pierdo á mí y á vos, dije yo. Yo no te entiendo dijo ella, mas á mí me parece que solo serlo nos obliga á amarnos naturalmente. A mí, sola vuestra hermosura me obliga, que antes esa hermandad parece que me resfria algunas veces: y con esto bajando mis ojos, de empacho de lo que la dije, víla en las aguas de la fuente al propio, como ella era; de suerte que donde quiera que volvía la cabeza hallaba su imagen, y en mis entrañas la mas verdadera. Y decíame yo á mi mismo: y (pesárame que alguno me lo oyera) si yo me anegase agora en esta fuente donde veo á mi señora,

cuanto más disculpado moriría yo que Narciso! Y si ella me amase como yo la amo ¡qué dichoso sería yo! Y si la fortuna nos permitiese vivir siempre juntos, ¡qué sabrosa vida sería la mía! Diciendo esto levantéme, y volviendo las manos á unos jazmines, de que la fuente estaba rodeada, mezclándolos con arrayan, hice una hermosa guirnalda, y poniéndola sobre mi cabeza me volví á ella coronado y vencido.

Ella puso los ojos en mí (á mí parecer) mas dulcemente que solía, y quitándomela, la puso sobre su cabeza. Parecióme en aquel punto mas hermosa que Venus, cuando salió al juicio de la manzana, y volviendo el rostro á mí, me dijo: ¡qué te parece agora de mí, Abindarraez? yo la dije: parece que acabais de vencer al mundo, y que os coronan por reina y señora de él. Levantándose, me tomó por la mano y me dijo: si eso fuera, hermano, no perderíades vos nada; yo sin la responder la seguí hasta que salimos de la huerta. Esta engañosa vida trujimos mucho tiempo, hasta que ya el amor, por vengarse de nosotros, nos descubrió la cautela; que como fuimos creciendo en edad ambos acabamos de entender que no éramos hermanos. Ella no sé lo que sintió al principio de saberlo; mas yo nunca mayor contentamiento recibí, aunque despues acá lo he pagado bien. En el mismo punto que fuimos certificados de esto, aquel amor limpio y sano que nos teníamos, se comenzó á dañar, y se convirtió en una rabiosa enfermedad, que nos durará hasta la muerte. Aquí no hubo primeros movimientos que escusar; porque el principio de estos amores fué un gusto y deleite fundado sobre bien; mas despues no vino el mal por principios, sino de golpe y todo junto. Ya yo tenía mi contentamiento puesto en ella, y mi alma hecha á medida de la suya. Todo lo que no via en ella me parecia feo, escusado y sin provecho en el mundo. Todo mi pensamiento era en ella. Ya en este tiempo nuestros pasatiempos eran diferentes; ya yo la miraba con recelo de ser sentido; ya tenía envidia del sol que la tocaba. Su presencia me lastimaba la vida, y su ausencia me enflaquecía el corazón. Y de todo esto creo que no me debía nada; porque me pagaba en la misma moneda. Quiso la fortuna envidiosa de nuestra dulce vida, quitarnos este contentamiento, en la manera que oirás.

El Rey de Granada, por mejorar en cargo al Alcaide de Cartama, envióle á mandar, que luego dejase aquella fuerza, y se fuese á Coin (que es aquel lugar frontero del nuestro) y me dejase á mí en Cartama en poder del Alcaide que á ella viniese. Sabida esta desastrada nueva por mi señora y por mí, juzgad vos (si algun tiempo fuistes enamorado) lo que podríamos sentir. Juntámonos en un lugar secreto á llorar nuestro apartamiento. Yo la llamaba, señora mía, alma mía, solo bien mio, y otros dulces nombres que el amor me enseñaba: ¿apartándose vuestra hermosura de mí, tenéis alguna vez memoria de este vuestro cautivo? Aquí las lágrimas y suspiros atajaban las palabras. Yo esforzándome para decir mas, malparia algunas razones turbadas, de que no me acuerdo; porque mi señora llevó mi memoria consigo. ¡Pues quien os contase las lastimas que ella hacía, aunque á mí siempre me parecían pocas! Decíame mil dulces palabras, que hasta agora me sueñan en las orejas: y al fin, porque no nos sintiesen, despedímonos con muchas lágrimas y sollozos, dejando cada uno al otro por prenda un abrazo, con un suspiro arrancado de las entrañas. Y porque ella me vió en tanta necesidad y con señales de muerto, me dijo: Abindarraez, á mí se me sale el alma en apartándose de tí; y porque siento de tí lo mismo, yo quiero ser tuya hasta la muerte: tuyo es mi corazón: tuya es mi vida, mi honra y mi hacienda: y en testimonio de esto, llegada á Coin, donde agora voy con mi padre, en teniendo lugar de hablarte, ó por ausencia, ó por indisposicion suya (que ya desco) yo te avisaré: irás donde yo estuviere, y allí yo te daré lo que solamente llevo conmigo, debajo de nombre de esposo, que de otra suerte ni tu lealtad, ni mi sér lo consentirían; que todo lo demas muchos días há que es tuyo. Con esta promesa mi corazón se sosegó algo y beséla las manos por la merced que me prometía. Ellos se partieron otro día, yo quedé como quien caminando por unas frías y ásperas montañas se le eclipsa el sol: comencé á sentir su ausencia ¡esperamente, buscando falsos remedios contra ella. Miraba las ventanas do se

solía poner, las aguas do se bañaba, la cámara en que dormía, el jardín do reposaba la siesta. Andaba todas sus estaciones y en todas ellas hallaba representacion de mi fatiga. Verdad es que la esperanza que me dió de llamarme, me sostenía, y con ella engañaba parte de mis trabajos; aunque algunas veces de verla alargar tanto, me causaba mayor pena, y holgára que me dejára del todo desesperado; porque la desesperacion fatiga hasta que se tiene por cierta, y la esperanza hasta que se cumple el deseo. Quiso mi ventura, que esta mañana mi señora me cumplió su palabra, enviándome á llamar con una criada suya, de quien se fiaba; porque su padre era partido para Granada llamado del Rey para volver luego. Yo resucitado con esta buena nueva, apercibíme; y dejando venir la noche por salir mas secreto, púseme en el hábito que me encontrastes; por mostrar á mi señora el alegría de mi corazón; y por cierto no creyera yo que bastáran cient caballeros juntos á tenerme campo, porque traia mi señora conmigo; y si tu me venciste, no fué por esfuerzo (que no es posible), sino porque mi certa suerte, ó la determinacion del cielo, quisieron atajarme tanto bien. Asi que considera tu ahora, en el fin de mis palabras, el bien que perdí, y el mal que tengo. Yo iba de Cartama á Coin breve jornada (aunque el deseo la alargaba mucho) el mas ufano Abencerraje que nunca se vió: iba llamado de mi señora, á ver á mi señora, á gozar de mi señora y á casarme con mi señora. Véome ahora herido, cautivo y vencido; y lo que mas siento que el término y coyuntura de mi bien se acaba esta noche. Déjame pues, cristiano, consolar entre mis suspiros y no los juzgues á flaqueza; pues lo fuera muy mayor tener ánimo para sufrir tan riguroso trance.

Rodrigo de Narvaez quedó espantado y apiadado del extraño acontecimiento del moro, y pareciéndole que para su negocio, ninguna cosa le podría dañar mas que la dilacion, le dijo: Abindarraez, quiero que veas que puede mas mi virtud, que tu roña fortuna: si tu me prometes como caballero de volver á mi prision dentro de tercero día, yo te daré libertad para que sigas tu camino; porque me pesaria de atajarte tan buena empresa. El moro cuando lo oyó, se quiso de contento echar á sus pies, y le dijo: Rodrigo de Narvaez, si vos esto haceis, habreis hecho la mayor gentileza de corazón, que nunca hombre hizo, y á mí me daréis la vida; y para lo que pedís, tomad de mí la seguridad que quisiéredes, que yo lo cumpliré. El Alcaide llamó á sus escuderos, y les dijo: señores, fiad de mí este prisionero, que yo salgo fiador de su rescate: ellos dijeron que ordenase á su voluntad; y tomando la mano derecha entre las dos suyas al moro, le dijo: ¿vos prometéisme como caballero de volver á mi castillo de Alora á ser mi prisionero dentro de tercero día? El le dijo: si prometo: pues id con la buena ventura, y si para vuestro negocio teneis necesidad de mi persona, ó de otra cosa alguna, también se hará. Y diciendo que se lo agradecía, se fué camino de Coin á mucha priesa. Rodrigo Narvaez y sus escuderos se volvieron á Alora hablando en la valentia y buena manera del moro. Y con la priesa que el Abencerraje llevaba, no tardó mucho en llegar á Coin. Y andose derecho á la fortaleza, como le era mandado, no paró hasta que halló una puerta que en ella había; y deteniéndose allí, comenzó á reconocer el campo, por ver si había algo de que guardarse, y viendo que estaba todo seguro, tocó en ella con el cuento de la lanza, que esta era la señal que le había dado la dueña. Luego ella misma le abrió, y le dijo: ¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza, nos ha puesto en gran confusion? Mi señora ha rato que os espera: apeaos y subireis donde está. El se apeó, y puso su caballo en lugar secreto, que allí halló; y dejando la lanza con su adarga y cimitarra, llevándole la dueña por la mano, lo mas paso que pudo, por no ser sentido de la gente del castillo, subió por una escalera hasta llegar al aposento de la hermosa Jarifa (que así se llamaba la dama). Ella que ya había sentido su venida, con los brazos abiertos le salió á recibir: ambos se abrazaron, sin hablarse palabra, del sobrado contentamiento. Y la dama le dijo: ¿en qué os habeis detenido, señor mio, que vuestra tardanza me ha puesto en gran congoja y sobresalto? Mi señora, dijo él, vos sabeis bien que por mi negligencia no habrá sido; mas no siempre suceden las cosas como los hombres desean. Ella le tomó por la ma-

no, y le metió en una cámara secreta, y sentándose sobre una cama que en ella había, le dijo: he querido Abindarraez, que veais en cual manera cumplen las cautivas de amor sus palabras; porque desde el día que os la di por prenda de mi corazón, he buscado aparejos para quitáros-la: yo os mandé venir á este mi castillo á ser mi prisionero, como yo lo soy vuestra, y haceros señor de mi persona, y de la hacienda de mi padre, debajo del nombre de esposo, aunque esto segun entiendo, será muy contra su voluntad, que como no tiene tanto conocimiento de vuestro valor y esperiencia de vuestra virtud como yo, quisiera darme marido mas rico; mas yo, vuestra persona y mi contentamiento tengo por la mayor riqueza del mundo; y diciendo esto bajó la cabeza, mostrando un cierto empacho de haberse descubierto tanto. El moro la tomó entre sus brazos, y besándola muchas veces las manos por la merced que le hacia, la dijo: señora mia, en pago de tanto bien como me habeis ofrecido, no tengo que daros, que no sea vuestro, sino sola esta prenda, en señal que os recibo por mi señora y esposa; y llamando á la dueña se desposaron. Y siendo desposados se acostaron en su cama, donde con la nueva esperiencia encendieron mas el fuego de sus corazones. En esta conquista pasaron muy amorosas obras y palabras, que son mas para contemplacion que para escritura. Trás esto al moro vino un profundo pensamiento, y dejando llevarse del, dió un gran suspiro. La dama no pudiendo sufrir tan grande ofensa de su hermosura y voluntad, con gran fuerza de amor le volvió á sí, y le dijo: ¿qué es esto Abindarraez? Parece que te has entristecido con mi alegría: yo te oigo suspirar revolviendo el cuerpo á todas partes: pues si yo soy todo tu bien y contentamiento como me decias ¿por quién suspiras? Y si no lo soy ¿por qué me engañaste? Si has hallado alguna falta en mi persona, pon los ojos en mi voluntad, que basta para encubrir muchas: y si sirves otra dama, dime quién es para que la sirva yo; y si tienes otro dolor secreto de que yo no soy ofendida, dímelo, que ó yo moriré ó te libraré del. El Abencerraje corrido de lo que habia hecho, y pareciéndole que no declararse era ocasion de gran sospecha, con un apasionado suspiro dijo: señora mia, si yo no os quisiera mas que á mí, no hubiera hecho este sentimiento; porque el pesar que conmigo traia, sufríale con buen ánimo cuando iba por mi solo; mas ahora que me obliga á apartarme de vos no tengo fuerzas para sufrirle; y así entenderéis que mis suspiros se causan mas de sobra de lealtad que de falta della: y porque no esteis mas suspensa sin saber de qué, quiero deciros lo que pasa. Luego le contó todo lo que habia sucedido; y al cabo la dijo: de suerte señora que vuestro cautivo lo es tambien del Alcaide de Alora: yo no siento la pena de la prision, que vos enseñasteis mi corazón á sufrir; mas vivir sin vos tendria por la misma muerte. La dama con buen semblante le dijo: no te congojes, Abindarraez, que yo tomo el remedio de tu rescate á mi cargo; porque á mí me cumple mas: yo digo así, que cualquier caballero que diere la palabra de volver á la prision, cumplirá con enviar el rescate que se le puede pedir; y para esto ponedle vos mismo el nombre que quisiéredes, que yo tengo las llaves de las riquezas de mi padre, y yo os las pondré en vuestro poder: enviad de todo ello lo que os pareciere. Rodrigo de Narvaez es buen caballero, y os dió una vez libertad, y le fiastes este negocio, que le obliga ahora á usar de mayor virtud: yo creo que se contentará con esto, pues teniéndos en su poder ha de hacer lo mismo. El Abencerraje la respondió: ¡bien parece, señora mia, que lo mucho que me quereis no os deja que me aconsejéis bien! por cierto no caeré yo en tan gran yerro! porque si cuando venia á verme con vos, que iba por mí solo, estaba obligado á cumplir mi palabra, ahora que soy vuestro se me ha doblado la obligacion. Yo volveré á Alora y me pondré en las manos del Alcaide de ella, y trás hacer yo lo que debo, haga él lo que quisiere. Pues nunca Dios quiera, dijo Jarifa, que yendo vos á ser preso quede yo libre: pues no lo soy yo, quiero acompañaros en esta jornada, que ni el amor que os tengo, ni el miedo que he cobrado á mi padre de haberle ofendido, me consentirán hacer otra cosa. El moro llorando de contentamiento la abrazó y le dijo: siempre vais, señora mia, acrescentándome las mercedes: hágase lo que vos quisiéredes, que así lo quiero yo. Y con este acuerdo, aparejando

lo necesario, otro día de mañana se partieron, llevando la dama el rostro cubierto por no ser conocida.
(El Siglo Pintoresco.) (Se Concluyó)

A mi buen amigo

E. Antonio Menendez.

Reunidas nuestras súplicas fervientes
Al cielo subirán; cual dos hermanas
Sus lazos estrechando permanentes...
Que en valde siempre luchan impotentes
Contra la roca las tormentas vanas.

En vano, caro amigo, busca el alma
Sin el amor un hora de dulzura,
Que solo brilla venturosa calma
De amor y de amistad en la ternura.

Sacra amistad! en tu feliz albergue
Calmarán mis pasiones turbulentas!
Feliz aquel que nunca te postergue
A la ambicion que reprimir intentas!

Mi porvenir yo percibiera un día,
Y ví que era una lucha contra el mundo,
Lucha incesante, atroz, cuya agonía
Sobrecogióme de temor profundo.

Y di anonadado contra el suelo,
Ya comenzada la terrible lucha....
Mas hubo de apiadarse el alto Cielo
Que infunde al débil fortaleza mucha.

Y vino la amistad á darme fuerza,
Y en ella contra el mundo hallé un abrigo...
¿Quién ora mi valor habrá que tuerza,
Si alienta mi valor un firme amigo?

Luchemos á la par, tu sé mi escudo,
Y el tuyo yo seré.... firmes luchemos
Siempre enlazados en estrecho nudo,
Y al poderoso mundo vencerémos.

¿Qué importa el huracan que fiero ruja,
Que el rayo nuestras frentes amenace,
Que el ancha tierra á nuestras plantas cruja,
Y que con impia furia nos rechace?

Su esfuerzo el mundo sin parar redoble
En la profunda sima para hundirnos;
Que asidos de amistad al firme roble,
En vano pugnará por abatirnos.

La noche del martirio tenebrosa
A obscurecer no alcanzará la estrella
Que á entrambos nos dirige esplendorosa...
Entonces brillará mas pura y bella!

De ese astro de esperanza y de ventura
Nuestra alma en derredor por siempre vague,
Brille su luz hermosa, siempre pura,
Dios mio, no permitas que se apague.

Es el único bien que al hombre dieras,
Es la única dicha permanente....
El mundo otras delicias duraderas
Sonriendo nos regala... el mundo mientel

Arranca de este mundo la asperanza,
Ésa lozana flor que nunca muere,
Y presa de esterminio y de venganza
Medio mundo verás que al otro hiera.

Si la esperanza en tu alma ya no late
Hombre, no luches mas contra tu suerte;
No asi tu sufrimiento se dilate;
Reclínate en el seno de la muerte.

Allí dulce descansa tal vez halles,
Acaso te adormezca allí la nada,
Tal vez yermos allí no son los valles
Acaso allí la brisa no es helada.

Y qué! ¿ya palideces? titubeas?
Oh! te estremece ahora duda ardiente...
Luchando dentro tu alma acaso veas
La muerte y la esperanza frente á frente.

Sin duda el porvenir ante tus ojos
Mostrándose terrible ora te asombre...
¿A qué el temor? ¿á qué vanos enojos?
Ah! á que mal que te pese tu eres hombre.

Sufrir para gozar! esa d'ivisa
En nuestro corazon está entallada,
Y el Gólgota que en vano el hombre pisa
Cen sangre esta verdad tiene marcada.

Es cruel ese sufrir! dirá el cobarde,
Horrible! clamará el escepticismo,
Y el mundo de victoria haciendo alarde
Orgías les dará... luego un abismo!

Y en vano clamarán por mano amiga
Del precipicio hallándose en el borde,
El hado es fuerza que avanzando siga,
La muerte con la vida marcha acorde.

En trance tan horrible nunca sea
Que solo, abandonado yo me encuentre,
Con un amigo siempre yo me vea
Que inestimable emor en mi concentrel

Y tu el amor me das á que yo aspiro,
De Dios nuestra amistad es bendecida,
Feliz solo á tu lado yo resoiro
Tú calmas la tormenta de mi vida.

Y esa que desatada te combate
Tú sabes si calmarla yo quisiera!
Mi corazon tú sabes como late
Depuesta en la esperanza su fé enfepa.

Amigo, esa esperanza no abandones,
La tabla es del naufragio en que luchamos,
Tú sabes al dejarla á qué te espones,
Tú ves sin este auxilio adonde vamos.

Abril 1845.

M. V. A.

Librería de Bullan, hermanos.

SOCIEDAD LITERARIA.

Prospectos.

MUSEO DE LAS HERMOSAS, coleccion de las mas escogidas é interesantes novelitas que se publican en el extranjero, traducidas por D. Victor Balaguer.

La SOCIEDAD LITERARIA limita por ahora esta amena publicacion á cuatro tomos en 16.^o marquilla de 200, ó mas páginas, impresion inteligible y esmerada, elegantemente encuadernados, que saldrán los cuatro dentro el término de dos meses; y si como es de esperar merecen favorable acogida, se publicarán otros cuatro á continuacion.

EL PRECIO por cada tomo encuadernado, será 5 reales franco de portes.

El primer tomo está ya impreso y en disposicion de repartirse; comprende la novela que tiene por título:

Los amores del hermoso Pecopin y de la bella Bauldour.

composicion fantástica del célebre Victor Hugo, de ese genio creador, cuyas mágicas pinceladas dan peculiar colorido á sus sublimes producciones; y

Fascinacion,

cuento de Hoffman, de ese distinguido novelista en cuya originalidad han encontrado sus mas bellas inspiraciones algunos de nuestros autores contemporáneos.

OBRAS COMPLETAS DE MR. EUGENIO SUE.

Traducidas al castellano por D. Wenceslao Ayguals de Izco y don Juan de Cápua.

La extraordinaria predileccion con que el público acoge el *Judio errante*, traducido por el señor Ayguals de Izco, y el *Comendador de Malta* por el señor de Cápua, los elogios que la prensa periódica en general ha prodigado á estas dos traducciones, y sobre todo los términos lisonjeros con que el mismo Eugenio Sue se ha dignado escribir á dichos señores separadamente, manifestándoles su gratitud y colmándoles de alabanzas, han inducido á la SOCIEDAD LITERARIA á formalizar un convenio con dichos señores para la traduccion de todas las obras del escritor mas popular, y acaso el mas profundo conocedor del corazon humano. Todas las novelas de Eugenio Sue son altamente interesantes; pero por desgracia han caido en malas manos y el público español no conoce sus bellezas, porque mas bien han sido mutiladas que traducidas.

La coleccion que anuncia la *Sociedad Literaria* será esmerada en todo, tanto por lo que concierne á lo científico como á lo material.

Forman parte de esta coleccion los cuatro tomos que componen

El Comendador de Malta.

Estos se venden á 24 rs. por estar ya concluida esta novela.

Los que van publicados de

El Judio Errante,

y la nueva novela titulada

Teresa Dunoyer.

Traducida por D. Juan de Cápua.

Esta novela constará de unos cuatro tomos de iguales dimensiones papel y letra que los del *Judio Errante*.

EL PRECIO por cada tomo encuadernado será 5 rs. franco de portes.

El primer tomo está ya impreso y en disposicion de repartirse.

Tan pronto como se reciba original de París, emprenderá el señor Ayguals de Izco la traduccion de

Los Siete Pecados Capitales.

última produccion de Eugenio Sue, de tanto ó mayor interés é importancia que el *Judio Errante*.

Concluida la publicacion de cada novela se aumentará su precio.

Librería de Umbert.

Se halla de venta, á 6 rs. VII.

LE CICERONE

FRANÇAIS.

á *Palma de Majorque.*

Por D. Jaime Cabanellas, un tomo 8.^o de 96 páginas.

Imprenta de P. J. UMBERT.